

## • **MANUEL RUEDA (1921-1999)**

*Nació en San Fernando de Monte Cristi el 27 de agosto de 1921. Pianista, poeta, ensayista y dramaturgo, también sobresale en el campo de la educación musical y se ocupa de la recopilación y difusión de nuestro folklore. En 1939 becado se traslada a Santiago de Chile, siendo alumno de destacados músicos chilenos tales como Claudio Arrau, Rosita Renard, Domingo Santa Cruz y Juan Orrego Salas. En el Conservatorio Nacional de Chile recibe el Premio Orrego Carvallo al mejor alumno de su promoción. También conoce a las grandes figuras de la poesía chilena, como son Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Nicanor Parra y Braulio Arenas; siendo compañero en sus primeras manifestaciones poéticas de Enrique Lihn, a quien abre camino procurando que el crítico Hernán Díaz Arrieta (Alone) lo incluyera en una antología de la poesía chilena. Tuvo relaciones de amistad con Vicente Huidobro, a quien conoció en el balneario de Cartagena, donde este poeta tenía una residencia de verano, y donde actualmente está enterrado, frente al mar. El contacto con el ambiente cultural chileno contribuye a enriquecer su percepción poética. Regresa a Santo Domingo en gira de conciertos y La Poesía Sorprendida, en cuya revista publica sus primeros versos, lo incorpora a su fila de colaboradores permanentes. Más tarde, en Chile, edita la primera selección de sus sonetos Las noches. Ese libro fue presentado en la revista Atenea y luego en una separata, por Hernán Díaz Arrieta (Alone -Pedro Selva), quien dice de él: «Al par que la música, digamos, audible, sonora, instrumental, Manuel Rueda ha ido cultivando otra, verbal, imaginaria, de puro aire poético. Lectores de sus manuscritos admiran sus estrofas magistrales, donde un arte antiguo, riguroso, émulo de Góngora, encierra la errancia impalpable, la fantasía sin límites y la libérrima sugerencia del poeta actual». Publica Tríptico, con prólogo del escritor Augusto D'Halmar. Por esa época, con su «Sinfonía sagrada», desestimada más tarde por él, gana un concurso organizado por La Poesía Sorprendida, conjuntamente con «Brigadas Líricas» del Uruguay.*

*En 1951 regresa definitivamente al país fundando, dos años después, con otros poetas, la colección «La Isla Necesaria», cuya publicación inicial recoge en forma completa la primera serie de sus sonetos Las noches. (La edición dominicana contiene 30 de ellos). Al estudiar esta obra, Flérida de Nolasco ha expresado lo siguiente: «Tal vez no exagero al decir que es el único gran sonetista que hemos tenido, a pesar de haberse escrito, aisladamente, sonetos muy buenos». En 1963 publica con el título de La criatura terrestre, una selección de su labor poética realizada entre 1945 y 1960. Héctor Incháustegui Cabral señala que en el extenso poema que da nombre al libro, Rueda crea una «épica interior». Sus «Cantos de la frontera», llevan a la poesía un tema medular, hasta ese momento sólo tratado por pensadores políticos y sociólogos, y que atañe a la esencia misma de la nacionalidad dominicana: el de la isla dividida. Medias montañas/ Medios ríos,/ y hasta la muerte/ compartida.*

*Una de sus consecuencias más dramáticas, elevada a símbolo por el poeta, es el rayano, tipo indeciso que fluctuó siempre entre dos patrias colindantes sin tener fuerzas para decidirse por ninguna. En la poesía de Manuel Rueda, el paisaje revela esta tragedia, manifiesta en la aridez, la soledad y el desamparo de su norte natal. Además de estos aspectos, Rueda ha incorporado a la poesía dominicana una nueva y variada temática que es recogida y continuada por poetas más jóvenes y que partiendo del sostenido tono elegíaco de «Visita a un cementerio abandonado», abarca la interpretación de temas religiosos y mágicos, así como otros destinados a iluminar nuestra más íntima realidad. Costumbres y tradiciones del hogar son cantadas por él en un afán apremiante por retener nuestras esencias vitales como nacionalidad y como pueblo. En 1974 introduce en nuestra poesía el último intento vanguardista que hemos tenido, hasta ahora, el pluralismo, llamado también por él integralismo, ensayo de simultaneidades, de lecturas y de grafismos integrados en*

una unidad de lecturas que el poeta llama bloques. El «pluralema» que encarna estas técnicas se titula «Con el tambor de las islas - Génesis», y fue dado a conocer la noche del viernes 22 de febrero de 1974 en la Biblioteca Nacional, así como en un suplemento extraordinario publicado por el periódico El Nacional de ¡Ahora!, el domingo 24 del mismo mes.

Manuel Rueda es también uno de los fundadores del teatro moderno dominicano con su obra *La trinitaria blanca*. Por ella merece el Premio de Teatro 1957. Varias de sus obras teatrales han sido representadas en el extranjero. Con *Vacaciones en el cielo* (escrita en 1957, y estrenada por el Teatro Escuela de Arte Nacional en 1960), se anticipa al nuevo sentido espiritual de la Iglesia.

Rueda ha desarrollado una larga carrera como concertista y educador musical. Fue director del Conservatorio Nacional de Música y del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional «Pedro Henríquez Ureña». Fruto de este trabajo fue su libro *Adivinanzas dominicanas*, la más extensa colección en su género publicada en América. Es miembro de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. Fue condecorado con la Orden de Duarte, Sánchez y Mella, por el Gobierno Dominicano. En 1994 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura, y en 1995 el Premio Anual de Novela y el Premio de la Casa del Escritor, ambos por su novela *Bienvenida y la noche*. También en 1995, le fue otorgado el XXV Premio Teatral «Tirso de Molina» que confiere el Instituto de Cooperación Iberoamericana de España, por su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*.

#### OBRAS PUBLICADAS:

*Las noches* (1949), *Tríptico* (1949), *Las noches*, (1953), *La trinitaria blanca* (1957), *La criatura terrestre* (1963), *Teatro* (1968) *Adivinanzas dominicanas* (1970), *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971), *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea 1912-1962* (en colaboración con Lupo Hernández Rueda, Tomo I, 1972), *Con el tambor de las islas. Pluralemas* (1975), *Por los mares de la dama* (1976), *La prisionera del alcázar* (1976), *El rey Clinejas* (1979), *Las edades del viento* (1979), *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), *De tierra morena vengo* (en colaboración con Ramón Francisco, 1987), *Congregación del cuerpo único* (1989), *Bienvenida y la noche* (1994).

#### LA NOCHE ALZADA

Urdido soy de noche y de deseo.

¡Qué negro resplandor, qué sombra huraña

preludian mi nacer! En una entraña

de oscurecido asombro me paseo.

Buscador del contacto, lo que creo

vive en mis dedos como pura hazaña  
de ciego amor y cuerpo que no daña,  
adolescente siempre en su jadeo.

Con un rubor temido, con un miedo  
de encontrarme la cara y la medida  
del ignorado espacio en donde ruedo

justa en la luz y a su verdad ceñida,  
alzo mi noche, -todo lo que puedo -,  
ya sintiendo llorar mi amanecida.

#### FONOGRAFO

Suena. Fulge el espacio y da notoria  
vida a su oscuridad de objeto. Grises  
rincones fluyen. Relieves. Matices  
concretándose en duda y vanagloria.

Gira el disco. El es la única historia.  
Patria audible, sus músicas felices  
surgen de antaño a eternizar raíces  
como árboles de pie por la memoria.

Pasados y futuros en ahora.  
Siempre el mismo presente en esa aguja  
llena de un tiempo que huye y enamora,

que circunda pensándose y me piensa.  
¡Triunfo de lo sonoro! Se dibuja  
la eternidad. Ya calla. Recomienza...

#### CONSEJA DE LA MUERTE HERMOSA

«Entonces la muerte le hizo una visita...»

*Cuento folklórico*

#### I

La muerte me visita cierto día.  
Es hermosa la muerte: tiene senos  
robustos, fino talle y ojos llenos  
de un azul de cristal en lejanía.

En llegando ya sé que es muerte mía.  
Con movimientos lánguidos y obscenos  
me enloquece y sorbiendo sus venenos  
siento, a ratos, que el alma se me enfría.

Lee mis libros, se adapta a mis costumbres,  
repite mis ideas y sus gestos  
ponen en mí gozosas pesadumbres.

Cuando se va, me deja bien escrita  
su dirección y dice: -»Un día de éstos  
quiero que me devuelvas la visita».

## II

Advierto, entonces, que ya no hay salida,  
pues su mirada clara me importuna  
y sé que cogeré, a sol o a luna,  
el camino que lleva a su guarida.

Y aunque empiezo a engañarla con la vida,  
a darme plazos, a pensar en una  
tarde feliz de cara a la fortuna,  
bien yo sé que la muerte no me olvida,

que tengo que tocar, al fin, su puerta  
con la valija hecha y el sombrero  
en la mano marchita y entreabierta.

Me despido de todos mis amigos  
después de tanto ardid y a su agujero  
húmedo me abalanzo, sin testigos.

### LA CRIATURA TERRESTRE

*(Fragmento final)*

Me puse entonces máscaras, disfraces  
que encubrieron mi estigma, mis labores  
de muchacho en los cuartos solitarios,  
en los baños, envuelto por la ducha

consentidora que entregaba al fango,  
al hondo sumidero, los residuos  
que caían de mí como las pieles  
sucesivas y bellas de mis días.  
Nada claro. Ni el corazón ni el alma  
en sus límites. Nada verdadero.  
Oscuridad y selvas al acecho.  
Emboscadas, traiciones, desafíos.  
El tambor redoblando entre las hojas  
y tú, diablo, surgiendo con tus colas  
encarnadas, con patas de animal  
y cornamenta florecida, echando  
por los belfos espumas y mentiras.  
El tambor redoblando y tú de pie  
oponiendo tu látigo a la música,  
invencible desde antes de la lucha.  
Tú te imponías rojo, gualda, rojo,  
verdinegro de rostro, espejijunto,  
cascabeleando por las calles rotas  
de pánico mientras se oían puertas  
sucesivas abriéndose, cerrándose,  
entre aldabones sordos. Eras dueño  
y señor de mi pueblo, monstruo aciago  
en los altares de febrero, macho  
oropelesco y fúnebre, viril  
y neutro, inevitable frenesí  
que prendía en los leños de un mal año.

Todo quieto y de pronto tu llamado  
desafiador de la miseria, haciendo  
entrechocar las piedras cuando entrabas  
a tu reino borrado, a tus plazuelas.  
Fuimos unos y otros y ninguno.  
Y nos vistió la muerte a cada cual  
de prisa y como pudo, intercambiando  
risas, sexos, trocando unas verdades.  
Rostros blanqueados, máscaras ardientes  
y voraces. Tuvimos gran urgencia  
de renovar reliquias y medallas,  
de tocarnos el pecho con imágenes  
bendecidas tres veces. Eso hicimos  
todavía algún tiempo. Sólo entonces,  
en medio del estruendo, sonreímos  
de pronto, y sin siquiera sospecharlo  
dijimos nuestros nombres, sorprendidos  
de que acudieran, fieles, a nosotros.  
El cielo estaba azul y las montañas,  
recién lavadas por la lluvia, abrían  
sus entrañas al sol, fuertes y jóvenes.  
Yo me miré la cara en los espejos  
y supe que era el día de partir  
atravesando huertos apagados,  
viendo las sillas rotas, los graneros  
llenos de ratas grises y tinieblas  
y los secos parrales retorcidos.

Supe que era la hora porque el llanto  
nos había gastado el alma, el ojo  
adormido en paredes carcomidas.  
Junto al mar, y las lentas mecedoras  
impulsaban su carga en el vacío,  
afirmación y negación en sol  
y sombra de quedar y de perderse.  
Ida y vuelta, ida y vuelta y yo mirando,  
esperando el momento en que las olas  
se detuvieran, en que la mecida  
acabara en mitad de una sonrisa.  
¿Dónde estaba la época del fuego  
y de la doma de los potros? ¿Dónde  
las excursiones cuando había manteles  
blancos sobre la hierba y cestos llenos  
de la abundancia de la tierra y del  
descanso: leche, pan, almibaradas  
frutas y los crujientes caramelos?  
¿Dónde estaban? Oh diablo, ¿dónde estabas,  
fustigador, hiriente, parecido  
al amor con tus colas encarnadas?  
Febrero era fugaz, y tú tranquilo,  
ignorante del mal que desatabas,  
ignorante del bien, te consumías  
en tu lecho de hastío, en tu sepulcro  
miserable y oscuro, visitado  
por mendigos, por perros y palomas.

Y entré a una selva oscura. Era de noche  
y había fieras rondando. Y había hombres  
rondando. Y en lo alto y en lo hondo,  
oscuro y claro, yo volví los ojos  
hacia ti, pueblo mío arrinconado,  
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,  
donde apoyé los pies y puse el labio,  
donde dormí diez años al amparo  
de un regazo y la cálida montaña.  
Yo pasé por los arcos de tu piedra,  
pueblo enterrado en lluvia y en olvido,  
y sentí que mis muertos renacían.

#### CANTO DE REGRESO A LA TIERRA PROMETIDA

##### I

Medias montañas,  
medios ríos,  
y hasta la muerte  
compartida.

El mediodía parte  
de lado a lado al hombre  
y le parte el descanso,  
parte la sombra en dos  
y duplica el ardor.

¿Sabes adónde  
vamos? ¿Sabes  
qué país es el tuyo  
tan fragante y que tiene  
una línea de reseca  
miserias,  
una pobre corteza  
resbalando en los ríos  
perdidos,  
bajo los silenciosos cambronales?

El viajero cantaba,  
mas óyelo cuán mudo  
queda a la vera del desastre.

Busca su voz entre los fúnebres  
despojos,  
mira entre los basurales del suburbio  
el trozo de esperanza  
convertido en el vidrio opaco  
de las botellas.

Busca su ilusión en el ámbar  
del ron escupido al filo  
de la muerte  
entre dos tierras enemigas,  
en el río materno,  
río de luto

en el que dos brazadas  
no caben.

Oye al viajero reposar,  
pedir clemencia  
bajo los árboles.

Oye al pobre poeta,  
un corazón entero,  
itan entero!-  
cantar en medio  
de las heridas  
sin comprender la marca de la tierra  
sin probar de su fruto dividido.

## II

¿Sabes, hermano, adónde  
nos conduce esta ruta  
llena de paralíticos  
guardianes?

Entra ahora de mano  
de tu guía.  
Mira el reseco paraíso  
silencioso  
y pasa  
y mira

y siente  
la advertencia del sol  
sobre tus lomos,  
el fusil contra el sol,  
contra la piedra,  
la muerte al sol,  
el sol lleno de sombra  
y de miseria.

Sube al sitial  
de las piedras,  
a la fría luna de ayer  
cuando reías  
del brazo de Eva  
preguntando por el venado,  
por la luz y por la hoja  
recién verdecida,  
cuando tu cama era  
la libertad, el rumor  
de las olas contra tus duros pies  
de hombre dichoso  
y tu amor el faro rojo,  
la ventana al abismo  
en donde se posaba  
el aletear  
de las gaviotas.

Entra a tu reino,  
Adán  
y mira el árbol santo  
rodeado de minas,  
de alambradas.

¡Queda esto y cuán poco  
como toda heredad!

Mira tu paraíso  
entre dos fuegos,  
nido de serpientes  
elásticas  
y a los hombres que han olvidado  
sus atributos,  
sus amores,  
su acrisolada descendencia,  
para apuntar  
al horizonte.

### III

Medias montañas,  
medios ríos,  
la media muerte atravesada  
como un sol seco en la garganta

Trata de dormir ahora,

de entregar  
el único párpado a tu sueño  
inconcluso.

Trata de dormir.  
Tratemos de dormir  
hasta que nos despierten  
leñadores robustos,  
hombres de pala y canto  
que hagan variar el curso  
de nuestra pesarosa  
isla amada,  
de nuestro desquiciado  
planeta.

Así cantando,  
así,  
a mitad del camino de regreso  
sin encontrar la patria prometida.

## LA CANCIÓN DEL RAYANO

### I

La tierra era pequeña y yo no tenía otro oficio  
que el de recorrerla,  
que el de tumbarme a voluntad hasta que de los terrones

parduscos me brotaran los hijos.

La tierra era pequeña, pero grande mi pisada como la embestida del mar en la orilla  
y de mis huellas cargábanse los huertos,  
los jardines donde las flores olían a sudor y a besos de hombre descansado,  
tímidas flores que yo entrelazaba con mis vellos, porque el cielo estaba ahí  
y mis espaldas era fuertes como los caminos y las montañas de la tierra.

A veces sucedíanse juegos y locas carreras a lo largo de la costa, pero me detenía el mar.

Él sólo era mi valla y yo me asemejaba a él en poderío y ansia de lo libre.

Entre el cielo y el mar yo me movía con mi pequeña tierra en hombros, y ambos nos sosteníamos.

Mi tierra respetada, oliendo como un grano de incienso en medio de las inmensidades abiertas y azules,  
acomodando la hoja de la guásima y el cedro,  
amontonando ofrendas, en un ímpetu joven de pulpas chorreadoras.

Mi tierra llena de bestias petrificadas al caer el sol y de blancas, lentas garzas, que planeaban sobre ellas, ingravidas como el humo o la ventisca.

Yo asaba los cabritos y limpiaba mi boca en cada mujer o fruto.

Yo era el varón, la tierra hecha dos pies firmes y andadores.

Yo era el varón dulce, aguerrido.

El hombre alegre paseando en un mundo sin derrota.

Pero vino el final y no lo supe.  
Pero vino el final y yo dormido, hartazgo y contentura.  
Y fue así Yo dormido. Y alguien trazando sobre mí esa línea,  
diciendo, «tú serás dividido para siempre».  
Un brazo aquí y el otro allá. A mí, al ambidextro,  
que hacía arrodillar a un toro mientras acariciaba a una  
criatura.  
Y el corazón, ¿en dónde? ¿Y dónde esta cabeza bramadora  
que reconoce a sus hijos por la marca de la frente,  
esos hijos que nunca ya podré besar porque la boca ha  
quedado en otro sitio  
y sólo un ojo permanece allí, reconocible, con que llorarlos  
pobremente  
y lavarlos de sus estigmas de extranjeros.  
El mundo estaba entero y helo aquí abierto en dos mitades,  
obediente y podrido por el rasguño de una espada,  
sumido en la anchura del mar y de los cielos que van  
a desplomarse.

## II

Ahora estoy desterrado del Edén, sobre la roca dura,  
atento a mis entrañas,  
roto mi corazón en dos pedazos de odio y abandono.  
Ahora yo vivo aquí, en este despeñadero donde mi grito reptaba  
como una serpiente en un nido de espinas,  
melancólico y receloso, con las piedras de arrimo o cabecera,  
oyendo, a la hora del crepúsculo, el gemido de las aves en los  
cayos lejanos.  
Fui castigado por una hora de sueño y ahora es inútil  
dormir o adormecerse,

porque ni ojos, ni brazos, ni piernas, me conocen;  
porque no hay dirección, ni tiempo, ni descendencia al lado  
que hagan posible el cántico a media voz, entretejido con lluvia,  
como cuando uno se sienta a morir en su pradera reconfortado  
por el dolor de los que deja,  
por el último parpadeo de las estrellas amigables.

«Tal vez un día debas comerciar con la tierra,

«decidirte y cantar himnos en lenguas diferentes.

«Levántate - me dicen -, y empuña tus banderas,

«confúndelas en un haz de promesas o rencores.

«Reúne tu corazón en metralas y en hogueras, campo abajo,

«saluda tus ríos antiguos.

«La techumbre de las selvas que aún pueden reconocer a  
su habitante».

Me dicen, mas estoy en este campo donde las piedras se  
voltean una a una,  
sin prisa y sin alardes,  
perdida toda esperanza de resurrección.

Y nada sino el viento de cada día me estremece  
cavando oscuras trochas en la noche de nadie.

## CANTOS DE LA FRONTERA

### I

Allí donde al Artibonito corre distribuyendo la hojarasca  
hay una línea,  
un fin,  
una barrera de piedra oscura y clara  
que infinitos soldados recorren y no cesan de guardar.

Al pájaro que cante de este lado  
uno del lado opuesto tal vez respondería.  
Pero ésta es la frontera  
y hasta los pájaros se abstienen de conspirar,  
mezclando sus endechas.  
Quizás el viento un día puede traer residuos,  
algún papel sin nombre entre las hojas que resisten.  
Es entonces cuando el ojo de la bestia se dispone a mirar  
y el vigía traspasa a su arma las primeras contracciones de alerta,  
prontamente metálico,  
apuntando contra la quietud que se encorva, gravosa.

## II

Fino el tambor como un polvillo oscuro que se filtrara en  
la distancia.  
Hogueras. Y el tambor, - pulso y retumbo -, a favor de  
las aguas apagadas,  
moviendo el seno puntiagudo, rutilante de amuletos.  
Y el grito de los búhos que en la noche pierden la dirección  
y nos rozan con alas y conjuros.  
Vamos al fin,  
vamos al borde de la tierra  
a danzar con las doncellas secretas  
que nos aman en sueños.  
Blanco y negro, la piedra oscura y clara  
donde el reptil se desenvuelve,  
meditabundo,  
con sus anillos sincopados y trémulos.  
Negro y blanco y un hálito de muerte allí rondando,

de un horizonte a otro, llamando y respondiendo,  
hasta que no hay vestigio de maldad o recuerdo.

### III

Río, calmoso río donde he visto la sombra del extraño  
agrandarse,  
sosteniendo la lanza y un collar de dientes blanquecinos.

En la otra orilla él bebe y chapotea como los cocodrilos  
encharcados  
y me mira, reduciendo su proeza al silencio.

Río calmoso y rojo, persuadido apenas por nuestras jóvenes  
brazadas.

Toda una larga noche hendimos estas aguas sin dejar de  
sabernos,  
solos y sofocados por la proximidad, hasta que el día cae  
y él queda inmóvil, fresco y cálido,  
besado por la asombrosa noche que lo acoge.

(¿En dónde estás, hermano, mi enemigo de tanto tiempo  
y sangre?)

¿Con qué dolor te quedas, pensándome, a los lejos?)

De pronto vi las hoscas huestes que descendían, aullando  
y arrasando.

Vi la muerte brilladora en la punta de las lanzas.

Vi mi tierra manchada y te vi sobre ella,  
desafiador,

la brazada soberbia sobre el cañaveral que enmudece  
y la ronda de hogueras donde el anochecer bailabas

invocando a tus dioses sanguinarios,  
hombre que me miraste un día de calor y agobiante crepúsculo  
allí donde el Artibonito, dividido,  
da a cada orilla su mitad de alivio y hojarasca.  
Y yo supe que nunca habría esperanza para ti o para  
nosotros,  
hermano que quedaste una noche, a los lejos,  
olvidado y dormido junto al agua.

#### IV

Fue un gran día aquel día. Tropas rigurosas y banderas  
flameando, haciendo señas, en un aire común y de tregua.  
Era domingo y después de oír los himnos y discursos,  
después de batir palmas, los señores presidentes se abrazaron.  
Hubo nomás que el tiempo, en algún sitio,  
de levantar los brazos, sonreír al hombre que pasaba  
y miraba todavía con temor, y al que temíamos.  
Luego los dignos visitantes, sin traspasar las líneas,  
retiráronse al ritmo de músicas contrarias  
- reverencias y mudas arrogancias -.  
Y volvimos a dar nuestros alertas,  
a quedar con el ojo soñoliento sobre los matorrales encrespados.  
Y volvimos a comer nuestra pobre ración, solos, lentamente,  
allí donde el Artibonito corre distribuyendo la hojarasca.

#### CANCIÓN INACABADA

Esta es el hambre del hombre.

Esta es la tierra seca

que olvidó el hambre del hombre.  
Esta es la nube náufraga  
que olvidó la tierra seca  
que olvidó el hambre del hombre.  
Este es el cielo vacío  
que olvidó la nube náufraga  
que olvidó la tierra seca  
que olvidó el hambre del hombre.  
Este es el Dios indiferente  
que olvidó el cielo vacío  
que olvidó la nube náufraga  
que olvidó la tierra seca  
que olvidó el hambre del hombre.  
Este es el hombre culpable  
que olvidó al Dios indiferente  
que olvidó el cielo vacío  
que olvidó la nube náufraga  
que olvidó la tierra seca  
que olvidó el hambre del hombre.  
Y este es el terrible crimen  
que cometió el hombre culpable  
que olvidó al Dios indiferente  
que olvidó el cielo vacío  
que olvidó la nube náufraga  
que olvidó la tierra seca  
que olvidó el hambre del hombre  
que se acordó un día de su hambre...

*RETAJILLA DE LA SEÑORA JUSTICIA*

A José Enrique García

Quiero florecer dijo el árbol

pero el fuego lo quemó.

Quiero arder dijo el fuego

pero el agua lo apagó.

Quiero correr dijo el agua

pero el buey se la bebió.

Quiero mugir dijo el buey

pero el hombre lo mató.

Quiero comer dijo el hombre

pero la Justicia lo encerró.

Señora Justicia:

suelte al hombre

para que muja el buey

para que corra el agua

para que arda el fuego

para que florezca el árbol

para que haya fiesta alrededor

con güira

con maraca

con tambor.

RETAJILA

Mi país que sólo es mi ciudad

que sólo es un barrio de mi ciudad

que sólo es una calle de un barrio de mi ciudad

que sólo es una casa de una calle de un

barrio de mi ciudad

que sólo es un patio de una casa de una calle

de un barrio de mi ciudad.

Mi país que es mi país porque no hay otro que se

parezca a él ni duela tanto

ni que tenga esas cosas tan pequeñas

pero que están allí:

patio en la casa

casa en la calle

calle en el barrio

barrio en la ciudad

que se han juntado para ser todo lo dulce

y lo amargo de un país.

#### VISIONES DE LA TIERRA

¿Cómo olvidarte

tierra

que escapas bajo los pies

y no cesas de estar?

Como aire compacto

sol y noche fundidos

en el magro terrón

luna de pulpa de guanábana y cocotales ardientes

quemazones con olor a cadáveres

a traiciones de selvas borrachas

y a pistoletazo súbito.

Me toco el corazón

y late:  
es tierra  
bajo el tambor  
pisada de puercos cimarrones  
y de iguanas  
arrebatadas ciguas sobre los caimitales  
sueño de orquídeas doñas  
azotadas por el ala envidiosa del murciélago.

Tierra  
pulso  
de tambor  
y grito  
resbalando a las cuevas  
de las ciguapas comedoras de semillas  
tierra bajo los ríos  
diáfanos  
que nos ignoran.

Mar donde tienden redes  
pescadores sonámbulos.  
(Las mareas no borran las pisadas)

Arena que arde en los ojos  
de las mujeres que esperan.

Cómo no amarte  
polvo de las provincias enterradas  
en claridad de muerte  
con sol  
y calaveras de animales domésticos  
reclinadas en las bardas  
y portales

y tinajones agrietados  
donde el agua es silencio  
y el silencio ese mar ciego  
que a lo lejos sucumbe  
tambalea  
sobre tapias de cambronales ríspidos  
y tumbas de blancos anónimos.  
He salido a pisar la tierra toda  
a beberla  
en aire azul y lodazales verdes  
donde la luna tiembla  
como una raíz pálida que no puede crecer  
cerceada por mosquitos  
y lianas putrefactas.  
Salmo de los arrozales con lumbre.  
Cibao ofrecido en los valles  
con claridad de campana  
tendido a la puerta del bohío en las noches *sólidas*  
y en los atardeceres ventosos  
cuando el gallo -humo defleca la cola grisazul  
cocoriqueando por haber nacido antes  
que su madre rojiza en los carbones.  
Norte de polvo de sexo agujereado.  
Norte hundido  
con su sol y su océano famélico  
al que alguien cortó sus barbas de patriarca.  
Viento en harapos que se encrespa sobre el hueso  
para decir sus elegías  
fertilidad de sal y llanto en la boca de los muertos

que esperan la resurrección.  
Me toco el corazón y toco tierras  
selvas conmovidas por el humo  
y la fiereza del hacha.  
Huelo pan y cobijas sudorosas  
el asiduo café de las mañanas:  
hermano pardo de ánima delgada.  
Toco las sementeras  
donde la mano es una con la raíz o con la muerte  
y mi canto huele a cuero  
y a boñigas resacas  
y a sol  
y a cambronales crepitantes.  
Yo le levanto la falda a mi provincia  
para mirarle el sexo egregio  
su desolada virginidad  
sus rigurosos senos donde la leche corre suelta  
confundida al crepúsculo  
y una raza de ancianos se despide  
sin memoria posible  
contra los horizontes clausurados.  
Este es el día del encuentro  
isla erguida  
con su hombre parado en los recodos  
de montaña y abismo  
envuelto en silbo gris de viento y de miseria.  
Isla tronchada donde más te dolía.  
Vamos a la frontera donde moran  
el ave de la fábula y el amuleto

a la muralla de los ojos en blanco  
y el negro asesinado  
donde el hueso golpea  
y el tambor  
golpea  
y la cabra lunada  
es ofrecida en holocausto.

Vamos a estar de pie desde este día  
cuando el centinela duerme en lo más alto de su torre  
apenas sostenido por la memoria de los astros  
por la memoria de las espinas  
clavadas en la sangre  
y del fusil  
con su pequeña bocanada de noche.

De pie dando brazadas  
sobre el último estertor  
de los muertos que rumian su desesperanza  
a la intemperie  
sobre los límites de la soledad y de la piedra  
para devolverte  
isla intacta  
y entera  
a nuestros hijos  
a las deidades del agua y de la tierra  
a la caverna ardiente de Maniatibel  
donde naciste  
urgente chorro de equilibrio y esfuerzo  
emergiendo  
del seno de nuestra poderosa

madre oscura.

Cómo olvidarte a ti:

horizonte de tierra

cielo de tierra y claridad de tierra

tierra bajo los pies que te recorren

tierra en las palmas

de estas dos manos que aprenden a tocarte

que ahora te alzan en vilo

dolor nuestro que amamos

barro de lágrimas y de resurrecciones

hacia un repentino clamoreo de campanas

en el amanecer.

#### PUEBLO SIN NOMBRE

De hueso y sangre

- sangre seca -

ceniza que ahoga el fuego blanco

de los amaneceres.

Tierra desnuda

en la oquedad sin nombre.

Sus agrietados senos

y el mohín de la hoja verde

contra los troncos carcomidos.

¿En dónde está aquel Dios que colmó el valle

y dio a la miseria un fruto

una flor al amor

un río donde el cielo fue gota cristalina?

Nacer al sol

de surco o fosa

sobre peñascos mortecinos.

Armadura brillante

sobre la que resbalan los deseos.

Esa carne cuarteada no ha conocido sombra.

Ojos dormidos más allá del sueño.

Éramos las muchachas

- dicen ellas

risas y gallos picoteadores en la falda

pechos aún tibios

por el recuerdo de las crestas ronroneantes.

Éramos las muchachas que corrían

raudas

en la tranquilidad de la provincia

ahora perdida en un sopor de siesta

labios rotos por las oraciones

formas núbiles

que el polvo fue cubriendo.

Aún oigo risas entre las malvas

y el «galán de noche»

jadeos y susurros

manos que se asen a las sábanas

del desposorio.

¿Dónde quedaron ellas

maternales e intactas

corazones que se apagaron suavemente

en pechos no tocados?

No podíamos verlas

pero estaban allí

como el roce de una hoja contra el muro

olfateadoras de un olor  
como pobres perdidos animales  
tras sus vivientes presas.  
Estaban sí invisibles  
acurrucadas en los rincones de la casa  
en busca de un calor  
de una respiración  
una palabra  
a cuya orden pudieran retomar la presencia.  
El ahogo del mar suena a catástrofe  
a navíos que arriban  
trayendo a nuestros puertos hijos embalsamados  
desde playas distantes.  
Escrito está en el acta  
de las defunciones:  
Filomena Tavárez  
casi perdida en alta mar  
llegando a los 35 años de edad en su ataúd de plomo  
con nueve días de retraso  
al conciliábulo del vecindario  
y los desmayos de la parentela.  
Veo las parras como madres famélicas  
cobijando esa carga  
hecha al vaivén de las tormentas  
y a los ensueños submarinos.  
Veo esa bocanada de muerte y alcanfor  
bajo las vides sarmentosas.  
Todos de nuevo aquí  
a su sitio de origen

al lugar asignado para el yantar y las fornicaciones  
para el agua del bautismo  
y el óleo de la extremaunción.  
Todos a calentarse en el único sol  
consentido por los recuerdos  
a esperar la resurrección vueltos pavesas  
al fin tranquilos  
como la partícula de polvo  
en el cristal de los retratos.  
Y vemos aventarse las mortajas  
bajo el sol de fuego  
hacer señas desde los zaguanes vacíos  
donde los tinajeros goteaban su advertencia  
y el viento de la costa golpeaba y golpeaba  
contra los ventanales entornados.  
Gentes que no conozco  
o que no nacen todavía  
transitan por las calles del anochecer  
gentes que han muerto  
entre una campanada y otra del reloj  
que las iguala con un mismo tiempo  
la mano en la herramienta  
o levantando las marejadas del «suspiro»  
en alto las tijeras para cortar el holán y la batista  
centelleante el dedal de plata en el dedo mayor  
una angustia punzando  
como una espina de rosal en la sangre.  
Así dijeron viajeros  
que no traspasaron más los límites

de la guazábara y el cambrón  
cronistas que mojaron su pluma en el asombro  
después de toparse al Malo  
por las encrucijadas.

Mirad:

los héroes incoan su desencanto  
bajo las guirnaldas del último aniversario.

Oíd el relincho de las cabalgaduras  
antes de que una salva silenciosa las acoja  
en el horizonte.

Pueblo como un montón de olvido  
junto a las montañas

y del que sólo encuentro formas  
en el aire recién lavado

del amanecer:

una desolladura de salmuera

y todavía la gaviota

sobre un mar de oro.